

En 1991 apareció el primero de los *Quaderni teologici* publicados por los docentes del Seminario de Brescia. Desde entonces, cada año ha visto un nuevo volumen publicado. La idea de esta publicación está a medio camino entre una revista y una obra colectiva. Mantiene la periodicidad anual y aborda con diversos enfoques un mismo tema teológico.

El *Quaderno* aparecido en 2007 se ocupa de la transmisión de la fe desde un punto de vista teológico y pastoral. Se abre con un trabajo de G. Canobbio –que parece ser quien tiene el papel de impulsor y director de esta iniciativa– en el que se revisa históricamente la metáfora de la «Iglesia madre» que ha servido desde los primeros siglos para subrayar la mediación de la Iglesia en la generación de los hijos de Dios. La mediación de la Iglesia es, por lo demás, el tema que, de una u otra forma, es abordado en casi todas las colaboraciones:

encarnada en el testimonio, en la relación entre la historia y el dogma, en la liturgia, etc. Algunas colaboraciones tienen más carácter bíblico, y otras prestan atención a la aportación de autores concretos (Blondel, Drey, Ratzinger–Benedicto XVI).

El lector encontrará en estos escritos, inevitablemente, algunas informaciones y propuestas de interés junto a otras más conocidas. También tendrá que afrontar algunas manifestaciones –tan del gusto de algunos teólogos italianos– de la tendencia a la formalización (por ejemplo, el subtítulo del artículo de Maiolini: «*La testimonianza come figura de la trasmissibilità dell'esperienza cristiana...*»), o a los enunciados contrastantes (Zani: *Tradizione: fedeltà originale e anticipo promettente*). En cuanto a la bibliografía que manejan, sorprende el desconocimiento absoluto de la aportación de autores españoles (y no sólo españoles).

César IZQUIERDO

Dionisio BOROBIO, *Catecumenado e iniciación cristiana. Un desafío para la Iglesia de hoy*, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica (Colección «Biblioteca Litúrgica», 30), 2007, 229 pp., 16 x 22, ISBN 978-84-9805-210-7.

Desde la tradición más antigua, muchos testimonios confirman la importancia que la Iglesia ha otorgado al proceso de la iniciación cristiana. A pesar de las diversas praxis encontradas en Oriente y Occidente –e incluso dentro de la misma tradición occidental–, ha existido siempre una fuerte convicción de la unidad de la iniciación cristiana, articulada en torno a los tres sacramentos de iniciación (bautismo, confirmación, primera eucaristía) y al catecumenado.

Sin embargo, la actual situación religiosa y social de secularización plantea sobre este tema numerosos interrogantes que, aunque se presentan mayormente en el orden práctico-pastoral, solicitan una reflexión teológica serena y honda. Esta obra del profesor Borobio se propone este objetivo.

El autor afirma –en algún momento en tono de reproche– que la Iglesia tiene en la actualidad un grave problema en esta materia, y que debe plantear con rigor y ur-

gencia un proyecto global de iniciación cristiana, una reestructuración unitaria que parta de los presupuestos doctrinales y de las condiciones pastorales actuales. Con este trabajo, y en continuidad con otros estudios realizados anteriormente, desea destacar los aspectos que deben ser tenidos en cuenta para una renovación de la praxis de la iniciación cristiana y, más concretamente, sirvan para recuperar y ajustar el catecumenado a las condiciones actuales, preferentemente dentro del proceso de iniciación cristiana.

El libro consta de siete capítulos. El primero de ellos –el más extenso y programático– está dedicado a una presentación de la institución del catecumenado en la historia de la Iglesia y a su situación en la Iglesia actual. Al final del capítulo, el autor propone unas «piezas clave» o dispositivos de actuación dentro de un posible proyecto renovado de iniciación cristiana. El segundo capítulo (*Conversión y bautismo ¿Qué conversión es hoy posible?*) afronta la relación de la conversión cristiana con los sacramentos de iniciación y con el catecumenado. Los tres capítulos siguientes se ocupan del bautismo en perspectiva ecuménica (Capítulo III), y de la confirmación (Capítulo IV: *La confirmación, entre la teología y la praxis*; y Capítulo V: *La confirmación como don del Espíritu pentecostal*). Los dos capítulos finales están dedicados respectivamente al papel de la familia en la iniciación cristiana (Capítulo VI: *Familia e iniciación cristiana: transmisión y celebración de la fe en familia*), y a la interrelación entre la misión de la Iglesia y los sacramentos de iniciación cristiana (Capítulo VII: *Dimensión misionera y la iniciación cristiana*).

La tesis fundamental sobre la que Borrobio apoya sus reflexiones es que la unidad de la iniciación cristiana no implica un orden rígido e invariable de los sacramentos de iniciación. Sobre esta unidad fundamental plantea un nuevo proyecto que, en su opinión, se ajusta mejor a las necesida-

des pastorales, y que se organiza según la siguiente estructura: bautismo, catequesis permanente, primera Eucaristía, catecumenado, experiencia comunitaria, confirmación, Eucaristía en la comunidad adulta.

No es fácil, sin embargo, fundamentar esta propuesta sobre las bases de la tradición patristica más extendida, que es bastante unánime en lo que se refiere al orden de los sacramentos de iniciación cristiana: bautismo, confirmación, eucaristía. Además, por el mismo motivo, el nuevo planteamiento puede encontrar también dificultades en el diálogo ecuménico.

El autor afronta las cuestiones con claridad y seriedad, planteando las dificultades sin titubeos e intentando ofrecer soluciones. Se detiene especialmente en el problema de los ya bautizados, pero que no están plenamente evangelizados ni han recibido aún la confirmación, ni a veces tampoco la eucaristía. Esta situación plantea serios interrogantes sobre el modo de articular la iniciación cristiana y, concretamente, sobre el papel que ha de desempeñar el catecumenado.

En algunas ocasiones, sin embargo, se ofrecen algunas proposiciones concretas que son discutibles desde el punto de vista teológico, tanto en los términos en los que se formulan como en su potencial viabilidad práctica. Es el caso de la idea de «relativizar» (p. 108) o «referenciar el bautismo de niños», es decir, de remitirlo «a otros “pasos” de la iniciación cristiana (educación permanente-primer Eucaristía-Catecumenado-Confirmación), e instaurar una pastoral discerniente, que no bautice sin más a todos de modo indiscriminado» (p. 73). Algo similar ocurre cuando, al formularse la idea de retardar la edad de la recepción de la confirmación a los que fueron bautizados de niños, con objeto de realizar mejor el significado teológico del sacramento y posibilitar la realización de un catecumenado de iniciación, en lugar de situar este catecumenado antes de la confirmación, el autor pro-

pone iniciarlo a los 16-18 años y prolongarlo sin tiempos prefijados ni automatismos hasta la confirmación, a la que seguiría la recepción de la Eucaristía de la comunidad adulta.

Los numerosos interrogantes que le surgen al autor al hacer sus reflexiones ponen de manifiesto que la temática en cuestión es compleja: no resulta fácil formular cómo han de articularse las diversas dimensiones que integran la iniciación cris-

tiana. Se trata de un gran reto que tiene la comunidad eclesial para lograr, con la gracia de Dios, cristianos convertidos y creyentes. Todo esfuerzo reflexivo en este sentido debe valorarse y agradecerse. En todo caso, siempre será necesario que las verdades teológicas implicadas en el proceso de iniciación prevalearan sobre otros criterios antropológicos, sociológicos o pastorales.

Juan ALONSO

Gilbert K. CHESTERTON, *El hombre eterno*, Madrid: Cristiandad, 2007, 354 pp., 13 x 20,5, ISBN 978-84-7057-502-0.

Como dice Juan Manuel de Prada en el prólogo de esta obra, nos encontramos ante una de las piedras miliare del pensamiento de un hombre dedicado con todas sus fuerzas a buscar la Verdad y la Belleza. El contexto en el que este ensayo fue escrito y publicado, en 1925, es el de la publicación del *Esquema de la Historia*, de Herbert George Wells. En esta obra, «Wells considera al hombre un resultado casi aleatorio de la evolución; al reparar en la figura de Jesús, Wells lo caracteriza como una criatura mortal, sin duda determinante para el destino posterior de la Humanidad, como en otras épocas lo serían Mahoma o Buda, fundadores de religiones que se habrían limitado a dar forma a un impulso humano que, para Wells, es quimérico y prescindible» (p. 10). Chesterton, por su parte, escribe su propio bosquejo de la historia, un ensayo en el que relata el auténtico viaje espiritual de la Humanidad. Él sostiene que el hombre no es fruto de la evolución, sino de una revolución, y para describir esto nos transporta a las cavernas de nuestros antepasados y nos lleva de la mano a través de las etapas fundamentales de su caminar hasta salir del paganismo y al abrazar el cristianismo.

El libro se compone de dos partes: la criatura llamada hombre y el hombre llamado Cristo. A lo largo de más de 300 páginas, Chesterton vuelve a mostrarse como un maestro del sentido común, dando como resultado una obra maestra de apologética. Con frecuencia, los juicios vertidos contra el cristianismo carecen de racionalidad, y son llevados a cabo por gente obstinada e imparcial. A través de la historia, sin embargo, podemos constatar la diferencia esencial que hay entre el hombre y el resto de las criaturas: su dimensión artística, su dimensión religiosa, etc. Algo parecido se podría decir de la diferencia entre paganismo y cristianismo. Chesterton toma un poco de distancia frente a las cuestiones y así es capaz de verlas y explicarlas mejor. Pero no tanta distancia que llegue al desapego. Aunque en este ensayo no describe su itinerario religioso personal, no cabe duda de que muchos aspectos quedan reflejados: en un escrito de un creyente, de un modo u otro, queda reflejada la fe que practica.

Desde el punto de vista metodológico, Chesterton se fija de un modo particular en «la novedad». Las cosas que se viven